

RUBEN DARIO, POETA TRANSATLANTICO

POR

JAIME DELGADO

I. ACLARACIÓN AL CANTO

Pocas veces, a mi juicio, un adjetivo calificativo va unido a un nombre con mayor propiedad que el de *transatlántico* al de *poeta* en el caso del maestro Rubén Darío. Sin duda por entenderlo así, el escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona llamó al vate nicaragüense, en el poema que le dedicó a su muerte, precisamente así: «el divino poeta transatlántico». Blanco-Fombona no explica, naturalmente, el sentido en que escribió su expresión, y arreglados estaríamos si fuera necesidad o deber el aclarar las imágenes, metáforas y definiciones poéticas. Por eso, yo puedo decir ahora que, de los varios sentidos de la palabra *transatlántico*, son dos, fundamentalmente, los que pueden aplicársele a Darío con mayor exactitud: aquel según el cual *transatlántico* quiere decir lo perteneciente a las regiones situadas al otro lado del Atlántico y aquel otro que alude al tráfico, los medios de locomoción y —por extensión— las personas que atraviesan dicho océano. Rubén Darío lo cruzó doce veces en su nada larga existencia —cuarenta y nueve años—, y en cuanto al primer significado, el maestro nicaragüense es transatlántico, en la consideración de un español, justamente por eso: por ser de Nicaragua. Ahora bien, del mismo modo —y esto es lo que me interesa subrayar ahora— es también «transatlántico» para un compatriota suyo o para cualquier hispanoamericano. Y es que aquí, en definitiva, la expresión *transatlántico* tiene el valor de «hispanico», pues no en balde el mundo hispanico es la única entidad cultural de la Tierra que puede permitirse el lujo de tener todo un océano como lago interior.

Ello no quiere decir, de ningún modo, que me parezca impropia la expresión de Guillermo Díaz-Plaja cuando dice que Rubén era un «alma mediterránea», porque creo que también lo era, en efecto, sobre todo si se entiende el término «mediterráneo» en la relación que establece con el mar de ese nombre; como tampoco estimo errónea la definición del padre Dictino Alvarez, que llama al maestro «andaluz transoceánico», porque doy a esta frase mayor hondura y amplitud

que la simple de andaluz transplantado más allá del océano. Creo, no obstante, que la frase «poeta transatlántico» es más exacta por la dimensión intercontinental de Darío, por su valor hispánico y por sus vastedades oceánicas, y, además, por la estrechísima vinculación que le unió siempre con el mar y que le permitió a don Antonio Machado llamarle «ruiseñor de los mares».

Creo que no se ha estudiado el tema con la atención y la profundidad que merece, y no es éste, ciertamente, el momento de intentarlo. Pero desde sus primeros versos, Rubén Darío siente y demuestra esa vocación marinera que le lleva a emplear constantemente símiles e imágenes marinas en sus poemas. Dirá, por ejemplo, hablando de la vida:

*porque ya estoy mar adentro
y no me puedo volver*

Para agregar en seguida:

*Ignoro de dónde vengo
ni adónde voy a parar:
he empezado a navegar,
ignota playa buscando,
y voy bogando, bogando
sobre las aguas del mar.*

En el «Coloquio de los centauros», del libro *Prosas profanas*, dirá que «hay un alma en cada una de las gotas del mar», y el poeta va leyendo en las aguas y escuchando la palabra mágica de las ondas:

*el vate, el sacerdote, suele oír el acento
desconocido; a veces enuncia el vago viento
un misterio, y revela una inicial la espuma
o la flor; y se escuchan palabras de la bruma.
Y el hombre favorito del numen, en la linfa
o la ráfaga, encuentra mentor: —demonio o ninfa.*

Pero la confesión más clara está en el poema «Marina», de *Cantos de vida y esperanza*, donde no sólo llama al mar «armonioso» y «maravilloso» y dice que sus colores y músicas le dan la «sensación divina» de su infancia, sino que declara:

*mar paternal, mar santo:
mi alma siente la influencia de tu alma invisible.*

Y años después, en el *Poema del otoño*, dirá:

*La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.*

Hay todavía más. Hay que en 1880, cuando Rubén Darío tiene solamente trece años de edad, escribe el poema titulado «Una lágrima», en el que se halla esta impresionante adivinación de lo que será después su vida, breve, aunque intensa vida, de poeta transatlántico:

*El hombre, ser afligido,
viene aquí sólo a llorar;
mas su destino es tornar
a su «Paraíso perdido».*

*El camino
que le ha trazado el Destino
y siempre contempla absorto,
¡es, amigo, corto, corto!
El es alondra que vuela
de su nido muy distante;
que pasa su vida errante
cual en los mares la estela.*

Por esas fechas escribió también:

*Asido de las ramas del camino,
sangrando el corazón y el alma ansiosa,
sigue el hombre en los brazos del Destino
ciegos los ojos y la faz llorosa.*

Pero por ese camino terrestre se marcha—como añadirá inmediatamente el poeta—«oyendo siempre aleteos / de brisas que van pasando», lo cual evoca ya—quizá sea impresión subjetiva—un camino junto al mar o decididamente marineró, por lo menos un camino junto al gran lago de Nicaragua, cuya convecindad con el poeta algo tendrá que ver con la preocupación de éste por las masas de agua y la atracción que en su espíritu ejercían. De ahí el que no pueda sorprender ya que, en 1897, Rubén diga a Leopoldo Díaz:

*Nada más bello que ir adelante
corriendo el mundo, valles y montes:
ir en el ágil barco triunfante
con sed de tierras y de horizontes.*

Y que en París, en 1904, le dedique a Rufino Blanco-Fombona este impresionante poemilla:

*La palabra de Darío
la volverás a encontrar
cuando las orillas del río
sean las ondas del mar.*

De su paisaje natal tiene que proceder esta propensión de Rubén Darío a la mar. Pero quizá también su vocación marina y marinera, su condición de poeta transatlántico pudiera deberse a que el océano, «el gran, ronco, océano sonoro» ofrece —como le escribe a Mayorga Rivas—, con las cenefas blancas de la espuma y la onda azul del agua, la bandera de su patria, la «visión suma —del bicolor de Nicaragua». Y luego está, además, el misterio. El misterio de la mar —opto, como el propio Rubén, por el femenino— es lo que permitió a la antigua asociación hanseática crear aquella tremenda frase, expresiva de otra no menos tremenda verdad, que dice: «Vivir no es necesario; navegar, sí.» No en balde la mar es femenina —por eso pueden hacerse en ella hazañas tan masculinas—, porque no puede concebirse mujer sin misterio. Y véase cómo, sin querer, del océano hemos venido a parar a otro de los grandes temas rubendarianos: la mujer, ese otro océano al que aquí no podemos, por desgracia, ni asomarnos.

Inmersa, pues, en el misterio marino, la vida de Rubén Darío fue «esa balumba / de sombras tras la cual vamos». Lo dijo él mismo, a sus quince años, cuando se definió como «melancólico y sombrío»:

*Y yo, ensueños, vaguedad,
tristeza amarga, ilusión;
yo que canto a la verdad
y llevo una inmensidad
de pena en el corazón.*

Quizá por tener quince años, pensará alguien. La adolescencia es, sin duda, edad poco alegre, a veces triste, en ocasiones misantrópica, como corresponde al descubrimiento de la intimidad personal, del yo frente al mundo, de la soledad esencial del hombre. Creo, sin embargo, que nuestro poeta —que fue precoz en todo, y por eso, en parte, murió joven— se unieron otros factores, cuya conjunción explica su carácter. «Yo tengo el vino triste», escribió una vez, y cuando a los treinta y ocho años vivía ya de recuerdos, aunque entonces cantara a la vida y a la esperanza, hace esta desgarradora confesión:

*Yo supe del dolor desde mi infancia;
mi juventud..., ¿fue juventud la mía?,
sus rosas aún me dejan su fragancia,
una fragancia de melancolía...*

Hubo, probablemente, abandono, relajación de la voluntad, falta de espíritu luchador, de fortaleza de ánimo para combatir y vencer los obstáculos, inseguridad en la elección del camino existencial, o, por el otro lado, sobra de conocimiento y claridad de juicio para advertir

las dificultades y la poquedad humana para triunfar sobre ellas; desajuste, en cualquier caso, entre el pensamiento y la vida, entre la inteligencia y la voluntad, entre las ideas y su plasmación en la conducta. Por eso admiraba la dicha de quienes, como el labriego de la epístola, conservaban siempre el dominio sobre sí mismos y sobre los acontecimientos:

*La muerte vemos, de la muerte hablamos,
y a veces nos reímos de la muerte,
y que somos mortales olvidamos.*

*Ley tenebrosa nos ligó a la suerte
de ser vendados, y no ver la lumbré
que el verdadero rumbo nos advierte.*

... ..

*¡Dichoso tú! Conserva tus activos
miembros para el trabajo y la bonanza,
sin ser del vicio inútiles cautivos.*

*Adiós. Este gozar nunca lo alcanza
quien, como yo, del mundo es débil juego.*

Débil juego del mundo; juguete frágil de los hados que ordenan a su antojo el humano existir. No parece temerario el pensar cuántas veces el despertamiento de un sueño, de un sopor alcohólico fue un despertar de arrepentimiento. Cada buena intención nutría un verso, se vaciaba en un poema. Después, así lavada la conciencia, cargados corazón y mente de buenos propósitos, sosegado el ánimo, el vino nocturno sucedía al limonado vespertino con seguro encadenamiento. Era el destino y no había más remedio que seguirlo:

*Yo debo seguir mi camino...
De mi destino voy en pos,
entre sombra y luz, peregrino
por secreto impulso de Dios.*

Contradicción constante, eterna lucha entre idealidad apetecida y realidad lograda. Pero del mal el menos, porque si tal combate iba apagando lentamente al luchador, también daba frutos de luz, como la lanza de Aquiles hería y curaba al mismo tiempo:

*Yo, aunque me tachen de loco,
si las realidades toco,
también miro el ideal,
y voy dando poco a poco
agua de mi manantial.*

¡Y qué puro y limpio y refrescante y gozoso hontanar el que se llamó Rubén Darío! El tenía que darse a los demás, como lo exige la

función social del poeta, que el maestro de Nicaragua conocía y cumplió como nadie. «Yo no soy —dijo— un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.» Y fue. Supo y pudo dominar la tentación de ensimismamiento, la tendencia a la misantropía que suele amenazar a todo genio:

*La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.*

Lo venció todo, menos su ineluctable afición al destilado chorro de las uvas. Y el cantor fue por todo el mundo, «sonriente o meditabundo», en paz o en guerra, por la India y la China, por París y por Venecia, «sobre las pampas y los llanos / en los potros americanos», por los ríos, por la mar, por la tierra, por los desiertos, por las estepas:

*con estafetas y con malas
va el cantor por la humanidad.
El canto vuela, con sus alas:
Armonía y Eternidad.*

Así vivió y creó el poeta, que fue, sobre todo, poeta americano y español, poeta hispánico, según se ha dicho, con verdad, repetidas veces, y con verdad se va a decir aquí una vez más, con la imprescindible apoyatura de la materia y la razón de su canto. No se trata, pues, de un nuevo ensayo de crítica literaria en el estricto sentido lingüístico, filológico y estilístico de la expresión. Al actual intento se le ha fijado otra meta, seguramente más modesta: la que consiste en averiguar ese sentido continental hispánico de la creación rubendariana y el concepto que su propio creador tenía del mundo cultural, al que de forma tan egregia perteneció y pertenece. Tal tentativa, de orden, si se quiere, más político que puramente literario, tendrá que ver el poeta como cantor de su tierra, de su Nicaragua natal, su Centroamérica, su Chile, su Argentina, su América ignota, su España; como cantor de la unidad de todo ese hispánico universo, de los peligros que le acechan y, hacia el lado del alba, de las esperanzas sobre que se apoya y que mantiene.

2. EN EL PRINCIPIO FUE CENTROAMÉRICA

Se podrá decir: inevitable, pero no hay más oro que el que reluce, y la verdad es que en el principio fue Centroamérica. No que no existiera antes Nicaragua. Nicaragua existía desde que existió Rubén